

Antiaeronáutica

El ataque aeroquímico

Por **SENÉN DEL OSO ROMERO** Comandante de Artillería

Hasta ahora no hay ninguna Aviación que haya llevado a cabo "raid" alguno con fines de agresión aeroquímica. Tal circunstancia es consecuencia de múltiples causas, debiendo considerarse entre ellas como una de las más importantes el hecho de que hasta fecha relativamente reciente la Aviación ha atravesado un largo periodo de evolución y perfeccionamiento, sin que por tal motivo haya tenido el grado de eficiencia y posibilidades de actuación de que goza actualmente. Además debe tenerse en cuenta también que, por otra parte, por no haber dispuesto nunca la Aeronáutica de las grandes masas de aparatos que en la actualidad existen—y que son necesarios para dichos fines—, no se le ha presentado tampoco ocasión propicia y adecuada de hacer el mencionado empleo de agresivos químicos.

Según se sabe, fué en la anterior guerra mundial cuando los "gases" hicieron su aparición sobre el campo de batalla; pero entonces fueron lanzados sobre el enemigo siempre desde tierra, utilizando para ello cilindros de emisión, proyectores, artillería e incluso morteros; mas, por los motivos dichos y según ha sido indicado, nunca desde el aire utilizando aviones.

Sin embargo, como observación y complemento de lo anterior, debe hacerse notar que gracias a la fecha en que fué concertado el armisticio no llegó a vías de hecho una amenaza que en ese aspecto había sido lanzada por los Estados Unidos: en aquella fecha los norteamericanos no se recataron en anunciar que tenían el proyecto de realizar en plazo inmediato un ataque aéreo sobre Berlín empleando bombas cargadas de lewisita, agresivo químico al que auguraban unos éxitos y unos efectos exagerados, y por consiguiente, fuera de toda realidad, respondiendo de igual modo a esa concepción y propaganda el desproporcionado y escalofriante calificativo de "Rocío de la Muerte", que también aplicaron a dicho agresivo.

En cuanto a la actual campaña, debe tenerse en cuenta que no está terminada todavía y que, por consiguiente, no se sabe si en alguna ocasión el Alto Mando de cualquiera de los países en lucha se decidirá a emplear esta nueva forma de ataque, siendo, por consiguiente, muy problemático el adelantar si precisamente será o no este lanzamiento de agresivos químicos por la Aviación una de esas armas secretas que continuamente se dice que están dispuestas para ser empleadas si las circunstancias lo requieren.

En el caso de que así llegara a suceder, debe observarse que probablemente los atacantes obtendrían entonces por tales medios una gran desmoralización sobre el enemigo, al que producirían también un grave quebranto material por los trastornos y problemas de difícil y urgente resolución que le presentarían, con la consecuencia inmediata de desarticular y quebrantar notablemente su resistencia.

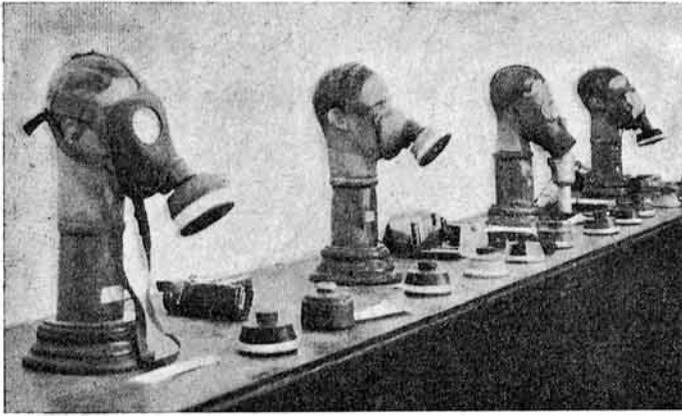
En tal supuesto, debemos hacer notar que con dicho fin seguramente no sería preciso servirse de nuevos agresivos que hicieran su aparición en ese momento, dotados de un inusitado poder destructor, según cree la calenturienta imaginación de muchas gentes, sino que, por el contrario, sin necesidad de eso, sería suficiente para provocar lo expuesto el recurrir a la utilización de los "gases" ya conocidos, y especialmente a la "iperita".

Hasta ahora, según se sabe, los más tremendos bombardeos realizados por aviones contra centros urbanos e industriales han consistido en el lanzamiento de bombas explosivas e incendiarias, que, según las notas oficiales y referencias periodísticas, han provocado gigantescas voladuras y hundimientos e incendios; mas debe tenerse en cuenta que desaparecidos los aviones del cielo de esos lugares ha cesado en los mismos el período de alarma, la vida de la población se ha reanudado con toda la normalidad posible, las gentes han salido de sus refugios y las vías públicas han recobrado su bullicio, dedicándose incluso bastante gente a deambular para visitar los sitios alcanzados, comprobando personalmente los daños producidos, consagrándose entonces todos los afanes a la extinción de las siniestras piras provocadas por las bombas incendiarias.

De igual modo, todos hemos leído también en los relatos y descripciones de dichos bombardeos que las devastaciones producidas por los mismos han sido tan grandes, que las ruinas y escombros acumulados han impedido la circulación por calles y barrios enteros, habiéndose empleado a muchos miles de hombres en descombrar de una manera inmediata, a fin de aminorar los trastornos que de otra manera se producirían en los transportes y en el tráfico en general de una gran urbe, con las consecuencias inevitables de desorganización de la vida en la misma. En relación con lo que acaba de citarse haremos notar que para la remoción de los escombros producidos en Londres durante uno de los últimos ataques de represalia llevado a cabo por la Aviación del Reich, según las referencias inglesas, han sido empleados 124.000 obreros, trabajando varios días con jornadas intensivas.

Pues bien: imaginémosnos por un momento que alguno de los adversarios se decidiera mediante la Aviación al empleo de los agresivos químicos y examinemos qué consecuencias probables produciría esa determinación.

En tal caso seguramente el lanzamiento de sustancias tóxicas sobre objetivos de la naturaleza de los indicados iría precedido de un fuerte bombardeo con sustancias explosivas, con el fin de que el agresivo cayera sobre las ruinas y los escombros originados por dicho bombardeo. Y entonces observaremos que, en contra



De izquierda a derecha: Máscara de guerra Draeger-Blanco. Bozal para trabajo en la industria. Máscara para defensa de la población civil. Máscara industrial de visión total.

de lo que hasta esa fecha sucedía, el período de alarma no podría darse por terminado al alejarse de esos parajes los aviones de bombardeo y que esa elemental precaución tendría su origen en haber hecho su aparición un nuevo peligro: el de poder ser afectados por el "gas".

Por tal motivo, la gente de las zonas afectadas tendría que permanecer mucho más tiempo en los refugios, y, por ello, en los mismos tendrían que estar realizadas las obras necesarias para poder llevar a cabo durante esas largas estancias la renovación del aire viciado por otro que, procedente del exterior, no estuviera contaminado de "gas", o bien, con el mismo fin, haber dotado con anterioridad a esos refugios de filtros que protejan contra los agresivos, pues si ninguna de las dos cosas se hubiera realizado con la suficiente anticipación, la gravedad de la situación podría llegar a hacerse muy crítica.

Para poder salir de los refugios, el uso de la máscara antigás llegaría a ser absolutamente indispensable, cualquiera que fuera la edad y circunstancias de cada individuo, y el tenerla puesta un elevado número de horas produciría una fatiga y un cansancio que vendría a sumarse a los demás que por una porción de causas que no es del caso examinar ahora existen inevitablemente para todos en tiempo de guerra si el bloqueo de ésta es efectivo.

Además debe tenerse en cuenta en dichas circunstancias que la máscara protege sólo la vista y las vías respiratorias, pero no el resto del cuerpo, sobre la piel del cual es precisamente donde la iperita, por contaminación directa, ejerce su acción vesicante, no siendo detenida por los trajes, polainas, calzado, etc., todo lo cual atraviesa. Debido a su persistencia sobre los lugares contaminados—que en algunas ocasiones puede llegar a ser de un par de meses—y a su insidiosidad, pues no se pone de manifiesto la infección hasta varias horas después de haberla sufrido, es indudable que llegaría un momento en que se apoderaría de las gentes una gran desazón por no poder prevenirse contra el contagio en un gran número de casos, a pesar de poner en práctica todas las medidas imaginables.

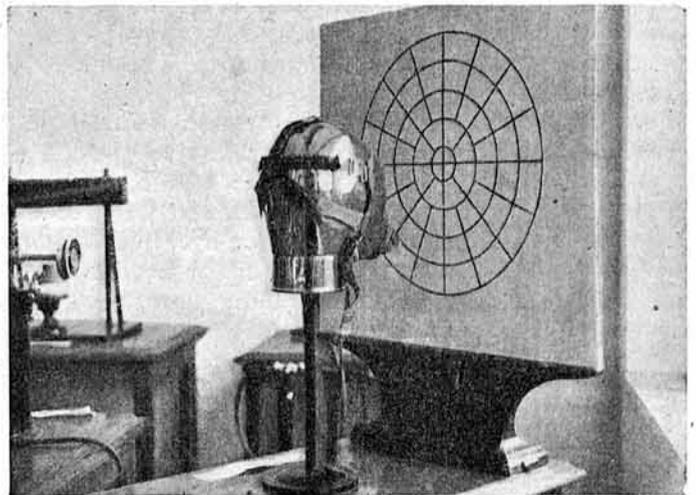
Por otra parte, tampoco podría realizarse entonces de una manera inmediata el descombro de las calles y lugares afectados, como hasta entonces había venido haciéndose, debido a estar iperitados los cascotes y

ruinas producidas en el bombardeo, haciéndose patente la necesidad de llevar a cabo una previa desimpregnación. Mas debe tenerse en cuenta que, aparte de las cantidades fantásticas de neutralizantes que sería necesario emplear con ese fin, esa desimpregnación sería en realidad impracticable, por el hecho de que precisamente los escombros no se prestan a esas operaciones, por ser incompatible su naturaleza con los métodos, las precauciones y la meticulosidad con que debe procederse con los objetos iperitados.

Pero aún hay más todavía: aunque esas desimpregnaciones fueran posibles desde el punto de vista técnico y se dispusiera del elevadísimo número de toneladas de productos neutralizantes que, según queda dicho, serían necesarias, ¿se dispondría de igual modo de la cantidad enorme de trajes de goma y equipos completos que serían precisos para dotar de los mismos a los millares de hombres que habrían de intervenir en esos trabajos? Supongamos también que se dispusiera en abundancia de trajes y equipos de esa naturaleza, y entonces veremos que aun así las dificultades de trabajo serían insuperables, pues por no transpirar el cuerpo a través de las materias de que están contruidos, el trabajo con los mismos es agotador, entre ríos de sudor, lo que daría lugar a que cada individuo pudiera trabajar solamente durante muy cortos espacios de tiempo, en vez de realizarlo durante jornadas enteras e incluso intensivas, como hasta ahora había venido haciéndolo.

Por otra parte, tales individuos, por haber trabajado en lugares iperitados, tendrían a su vez que ser desimpregnados también, sujetándose, además, a una disciplina muy rigurosa, que, en evitación de contagios, comprende hasta la reglamentación de la forma de quitarse los trajes y equipos de goma, y preguntémos entonces si eso, que es posible hacerlo cuando se trata de individuos aislados o brigadas de efectivos reducidos y muy entrenados, sería también factible o no cuando tuviera que aplicarse a los millares de obreros que, según hemos leído, son precisos para la remoción de las montañas de escombros que se producen en los bombardeos.

A la vista de todas las dificultades que anteceden, podemos decir que esa desimpregnación, que hemos



Aparato para comprobar el campo visual de los anteojos de una máscara.

visto es necesario efectuar de una manera previa a la retirada de escombros, no sería posible efectuarla en dicha forma y que, por tanto, tendría que realizarse por otros procedimientos. Y, bajo tal aspecto, observaremos que seguramente lo único factible entonces sería provocar el incendio de esos parajes así bombardeados, para que de esa manera el fuego se encargara de la destrucción de los peligrosos agentes químicos que estuvieran impregnando dichos lugares, aunque claro es que extremando durante el mismo las medidas de precaución en un amplísimo radio, puesto que la gran cantidad de tóxico que inevitablemente pasaría a la atmósfera podría, ayudada por el viento, provocar una gran catástrofe en toda la población o centro industrial de que se tratara.

Vemos, pues, que así como hasta ahora, pasado el período de bombardeo, los afanes de las autoridades y de la multitud consistían en apagar los gigantescos incendios producidos, en el caso de haber sido lanzados agresivos químicos sería al contrario, y que, por consiguiente, se verían incluso en la necesidad de provocar los mismos. Es decir, que tal medida, por muy dolorosa que fuera, podría compararse a la que ya actualmente se practica de provocar la voladura de edificios que incluso estaban intactos cuando en los grandes incendios que por cualquier accidente fortuito han asolado una población se ha estimado así indispensable por considerarlo necesario para aislar y localizar el siniestro, evitando su propagación.

Resumiendo lo expuesto, vemos confirmado que, según la forma en que hemos visto que se desarrollarían probablemente los ataques con agresivos químicos, en el caso de tener éstos lugar mediante el empleo de la Aviación, se produciría en cualquier centro industrial o urbano que así fuera alcanzado unas devastaciones y destrucciones seguramente mucho mayores que en la actualidad, las gentes tendrían que permanecer más tiempo en los refugios, éstos tendrían que llenar más condiciones de las que hasta ahora reúnen, y además, a pesar de todo, habría muchos iperitados, los que, con las hospitalizaciones y cuidados de larga duración que es preciso prodigarles, complicarían enormemente la vida y el trabajo de la retaguardia enemiga.

La agresión aeroquímica, con arreglo a las hipótesis expuestas, seguramente sería a base del lanzamiento de bombas. El rociar los objetivos con una lluvia de agresivo que dejaran caer los aviones mediante la apertura de depósitos que contuvieran el mismo y que llevaran a bordo no parece aceptable, pues por pequeña que fuera la altura de vuelo, siempre se dispersaría y diluiría una cantidad elevada de tóxico muy por encima de las capas atmosféricas inmediatas al suelo.

Las bombas cargadas de agresivos químicos lo serían, seguramente, a base de agentes persistentes—probablemente iperita—, pues los fugaces no permitirían la concentración y el tiempo que se precisaría para producir efectos de importancia, además de que para defenderse de los mismos sería suficiente la máscara.

Al no perseguirse la proyección de cascots que causasen efectos de destrucción, sino sólo fines de infección, la cantidad de carga explosiva que deberían contener sería pequesísima, y además el espesor de las paredes de tales bombas podría ser reducido al mínimo y ser fabricadas incluso de aluminio o de otros me-



Mono y careta anti-iperíticos.

tales ligeros, y así, para un mismo peso a transportar por el avión, la cantidad de "gas" sería la máxima posible y el rendimiento óptimo.

Tales bombas tendrían que estar dotadas de juntas estancas, e irían provistas probablemente de espoleta instantánea, para que así la cantidad de agresivo que pudiera quedar enterrado y, por tanto, inactivo, fuera mínimo.

La agresión aeroquímica, si hubiera lugar por decidirse a su empleo los beligerantes, probablemente rara vez se llevaría a cabo sobre las primeras líneas, por ser suficientes los medios empleados en la Gran Guerra para hacer sentir en las mismas los efectos de los gases. La agresión aeroquímica, caso de llegar a emplearse, según se ha expuesto, lo sería seguramente sobre el interior del país enemigo, para tratar de perturbar en el mismo con nuevos métodos toda normalidad de vida y de trabajo.

La agresión aeroquímica sería una utilización más de los perfeccionamientos y ventajas logrados por la Aviación, de la misma manera que, dentro de otra modalidad, ha permitido también la acción de paracaidistas y los transportes de tropas, que constituyen, en realidad, verdaderos desembarcos aéreos.

Todo lo expuesto no son más que hipótesis y conjeturas; hoy es aventurado decir si ocurrirá o no; mas, desde luego, es posible; y téngase en cuenta que actualmente los hechos y los métodos se suceden con rapidez vertiginosa: lo que ayer no se había pensado siquiera se emplea hoy y queda anticuado mañana. Precisamente esto se ha puesto de manifiesto en la guerra actual, pues, frente al concepto anacrónico de la guerra, practicado por Inglaterra, existe el de los nuevos y revolucionarios métodos llevados a la práctica por Alemania y sus aliados, motivo de todos sus éxitos sin precedentes en la Historia.